

LA IDEOLOGÍA ANTIURBANA. EL SINGULAR CASO DE FUENTERRABÍA

Ana Azpiri Albistegui

El punto de partida del que Fuenterrabía arrancó como núcleo urbano hacia su crecimiento contemporáneo fue el que se definió después de la segunda guerra Carlista. La situación territorial que entonces se estableció fue el marco a partir del cual se organizaron los posteriores crecimientos. Así que, por un lado, estaba el hecho territorial básico, compuesto por dos núcleos diferentes conformados según usos y necesidades muy distintas. El primero de ellos era la plaza fortificada. El segundo, el barrio de pescadores situado extramuros.

La plaza fuerte, la que durante siglos había sido la ciudad propiamente dicha y la que había tenido una importancia estratégica fundamental en el entramado de defensas fronterizas, a la altura del último tercio del siglo XIX estaba en un estado ruinoso y de práctico abandono. La decadencia venía ya de casi dos siglos antes y se agravó por la inercia de la destrucción y la falta de cuidados en la conservación de lo existente. Para hacer un retrato de la lastimosa situación en que las guerras habían dejado a la Villa, sirva la respuesta al cuestionario remitido por la Academia de la Historia en 1785¹. En él, se declaraba que quedaban en pie en el área intramuros 182 casas, aunque había sitio para 700 u 800. A estos datos hay que añadir la destrucción posterior de otro 25% de lo edificado en la Guerra de la Convención (1793-94)². Con esa corrección nos sale ya el número de 129 construcciones en pie que da Madoz en 1850. Y ésta era la situación aproximada de la Villa en el último tercio del siglo, con un tejido urbano lleno de escombros, paredes quemadas, techos rotos, maleza y descuido³.

En cuanto a su valor estratégico como plaza fuerte, se puede decir que se había perdido desde finales del siglo XVIII, con unas fortificaciones que habían sido gravemente dañadas después de las voladuras hechas por los franceses en 1795⁴. Los informes militares llegaban a afirmar: “Se puede decir, por consiguiente, que la plaza de Fuenterrabía ya no existe, y que sólo restan escombros y ruinas de sus fortificaciones”⁵. Además, su reconstrucción no merecía la pena porque había quedado muy lejos del Camino Real y porque las modernas técnicas de guerra hacían que la conquista de la plaza fuera muy sencilla.

El otro sector de tejido urbano era el arrabal de pescadores, situado extramuros sobre un arenal. En este barrio, a tiro de mosquete del Casco Antiguo quedaban unas 67 casas alineadas en dos hileras más o menos regulares. La actividad básica del barrio era la pesca y su activo fundamental en el futuro iba a ser la playa de su frente costero. Su aspecto era, según las descripciones de la época, el de un poblado pintoresco de pescadores, un lugar de estancia agradable enclavado en un paraje muy atractivo, pero aún sin regularizar.

1. AGUIRRECHE DURQUETY, C., “Hondarribia en el año de 1785. Respuesta de la ciudad de Hondarribia al cuestionario remitido por la Real Academia de la Historia en el año de 1875, para la preparación del diccionario histórico del Reino de Navarra y Provincias Vascongadas, publicado en el año 1802”, en: Boletín de estudios del Bidasoa, nº 10, dic. 1992, p.129.

2. GUEVARA URQUIOLA, J. C., “Hondarribia. La Guerra de la Convención”, en: Boletín de estudios del Bidasoa, nº 10, dic. 1992, p. 33.

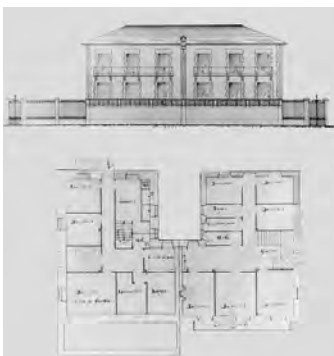
3. Véase la descripción que hace Mariano Lumbier de las inmediaciones del Hospital de San Gabriel cuando llega a Fuenterrabía a hacerse cargo de la plaza de médico titular en 1860. Cuenta que el hospital está situado en una de las mejores zonas de la ciudad (frente al castillo) pero está, como su entorno, en un estado grave de abandono. En: EMPARAN ORTIZ, J. R., “De una historia de caciquismo a la historia del hospital de beneficencia de San Gabriel de Hondarribia (1762-1979)”, en: Boletín de estudios del Bidasoa, nº 10, dic, 1992, pp. 76-77.

4. “Manuscrito histórico interesante. Informe emitido en 1796 por los generales O’Farril, Morla y Samper acerca de la defensa en que se encontraba la frontera de Francia por la parte de Guipúzcoa y de Navarra”, en: Euskalerriaren Alde, año 1911, vol. I, p. 500.

5. Ibidem.



Proyecto Ensanche de la Marina. Juan José Aguinaga, 1899.



Edificio de viviendas en el Ensanche de la Marina de Fuenterrabía. Pedro Arístegui, 1903.

En este estado de cosas y con una crisis económica importante al haber desaparecido la razón de ser de la Villa con los cambios estratégicos, la disyuntiva que se planteaba no era sólo la de cómo crecer sino también la de cuál iba a ser la función que iba a dotar a Fuenterrabía de los agentes de dinamización económica que justificarían la necesidad de ese crecimiento. La actividad turística fue la salida que se planteó como la salvación de la Villa. Al igual que había ocurrido con Zarauz, la irradiación del turismo donostiarra fue el factor determinante. También las nuevas instalaciones que se estaban promoviendo en Hendaya, destaparon las posibilidades que podría tener un núcleo de población de las características de Fuenterrabía. Fue así como la elección recayó sobre el barrio de pescadores.

De esta forma se abandonó el pasado militar para coger el carro del progreso y salvar el futuro económico. Y el crecimiento moderno se produjo de espaldas al casco amurallado que quedaba como una posible visita cultural para los turistas o como un atractivo secundario que podía añadirse al activo principal que era la playa. Así, Fuenterrabía empezó ofertándose en las guías como una excursión para quienes visitasen San Sebastián. Ya en 1886⁶, con el ferrocarril Madrid-Irún en funcionamiento, se anunciaba la línea de coches que por cincuenta céntimos recorrían el trayecto de Irún a Fuenterrabía.

Pero pronto sus vecinos dejaron de conformarse con ser sólo una excursión desde San Sebastián o desde Hendaya. Querían encontrar un lugar más sólido en la oferta turística de la zona. Y para ello necesitaban mejorar sensiblemente su infraestructura urbanística, porque las cinco casas de huéspedes de la guía de 1886, no eran suficientes. La maniobra inicial partió del Síndico, que en 1895 propuso que se hiciera un ensanche por el barrio de la Marina. Tras las gestiones pertinentes el Ayuntamiento consiguió el permiso para llevar a cabo su extensión urbana sobre terrenos ganados al mar. Para 1899 ya se aprobaba el proyecto de urbanización hecho por Juan José Aguinaga en el que aparecen las manzanas perfectamente lotificadas y listas para su venta.

Fue así, como siguiendo una de las modalidades más usuales de la época para las zonas costeras, se obtuvo el suelo urbanizable saneando marismas (en las Arenas y Portugalete, así como en San Sebastián se había ensayado con mucho éxito el procedimiento). Aplicando los dictados de una ley de puertos que era en este punto muy permisiva, Fuenterrabía obtuvo 16.626 metros de suelo entre 1897 y 1899. Después de asegurar mediante muros la nueva superficie y listo el plan de Aguinaga, se procedió a su edificación.

Ésta se llevó a cabo en un lapso de unos diez años y las cinco manzanas fueron ocupadas por edificios de viviendas que estaban entre la idea francesa del hotel con jardín a un paseo y los inmuebles de tres alturas en la línea de la calle trasera sin retranqueos, pensados para disponer una o dos viviendas por planta que se destinarían al alquiler. Los modelos remiten a una manifiesta influencia francesa y muestran cómo los ensayos llevados a cabo en Hendaya se estaban convirtiendo en una referencia fundamental. Ya en estas primeras edificaciones se advierte la presencia de propietarios procedentes de fuera de la ciudad que buscaban construirse una villa para el veraneo en la línea de la playa.

Junto a este primer proyecto de ensanche también se fue desarrollando la tendencia a la edificación de casas de campo en los distritos rurales de la Villa.

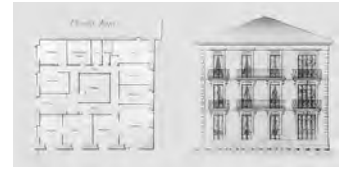
6. Hasta 1866 en que se habilitó la carretera que comunica Irún con Fuenterrabía, las comunicaciones de esta última con el exterior eran muy complicadas. Esta nueva comunicación fue fundamental para el desarrollo de la Villa. Véase: URANZU, L., *Cosas memorables de Guipúzcoa. Lo que el río vio*, Bilbao, 1975, p. 64; LLOBREGAT, Conde de, *Fuenterrabía. Noticias históricas*, Fuenterrabía, 1952, p. 17.

Es más, los promotores de las construcciones más lujosas habían mostrado la tendencia a buscar la línea de costa o los terrenos del interior para edificar. Las manzanas cerradas de Aguinaga y el frente de calle continuo de dos a tres alturas que el ensanche había dispuesto frente a la línea irregular de las viviendas anteriores que conformaban el barrio de pescadores, constituían un vivo contraste que amenazaba seriamente el pintoresquismo del paraje, advirtiéndose que la arquitectura era un elemento fundamental de ese aspecto pintoresco y que un desarrollo urbano que siguiera el modelo del ensanche al uso podía deteriorar gravemente la calidad estética del lugar. La consideración de la arquitectura como un rasgo del paisaje, como un elemento fundamental del atractivo de la ciudad, llevó a cuestionar seriamente la validez del modelo planteado por Aguinaga.

Teniendo en cuenta que para Fuenterrabía este rasgo era su activo fundamental y que las casitas de los pescadores se habían convertido en una referencia arquitectónica a conservar, los modelos de crecimiento fueron adaptándose a esta idea y desde ellos se condicionó la elección del tipo residencial hacia el chalé unifamiliar exento y con una parcela de jardín en su entorno lo suficientemente amplia como para separar netamente las construcciones.

El siguiente plan de Ensanche, de José Ángel Fernández de Casadevante, en 1914, mostraba el aprendizaje de las experiencias anteriores y la adopción de las nuevas directrices. Fernández de Casadevante era el arquitecto municipal, el único que se presentó al concurso formulado por el Ayuntamiento. En razón de su cargo y a la respuesta positiva del Consistorio a su proyecto, cabe pensar que sabía cuáles eran las preferencias de éste a la hora de trazar el nuevo sector de la ciudad.

Su referencia es inmediata. Su plan es muy parecido, casi gemelo en muchos sentidos, al plan de Martinet para Hendaya en 1906⁷. El suelo procedía de la consolidación de una marisma, el “Puntal España” que se remataba por un muro de contención en una lengua de tierra que se proyectaba sobre el Bidasoa. El trazado, con calles curvas y parcelas para chalés remitía a una fórmula que se quería parecer a la idea de la Ciudad Jardín, pero que se quedaba en una mera urbanización de chalés sin equipamientos, ni estructura urbana clara. El objeto de la elección era el de preservar una cierta calidad estética y un parentesco con la arquitectura tradicional que se perdía en el proyecto de Aguinaga. Naturalmente el concepto “arquitectura tradicional” era una convención que se llenaba con la imagen de la casita de pescador porque convenía a la afirmación del carácter pintoresco que cualificaba a Fuenterrabía como enclave turístico. Hay que tener en cuenta que la Villa tradicional era la del Casco Antiguo y que sus referentes estéticos y arquitectónicos se habían apartado momentáneamente del debate como si ya no estuvieran allí. Esta elección estética, de la preservación de una estampa, de la cualidad de telón de fondo decorativo de la arquitectura iba a marcar en lo sucesivo el hacer urbanístico y arquitectónico de la ciudad. En la memoria del proyecto de Casadevante se advierte que hay una referencia visual ya definida desde el ayuntamiento que manifiesta su arquitecto municipal y que opta por la recuperación de repertorios arquitectónicos próximos al nevasco, tanto por lo que se estaba haciendo en otras áreas residenciales de la cornisa cantábrica, como por el desarrollo del plan Martinet en Hendaya, que proseguía asentado sobre



Edificio de viviendas en el Ensanche de la Marina de Fuenterrabía. Juan José Aguinaga, 1899.



Proyecto de Ensanche del Puntal España. José Ángel Fernández de Casadevante, 1914.

7. CULOT, M. y MESURET, G., *Hendaye, Irún, Fontarabie. Villes de la frontière*, Paris, 1998.



Estado edificación del Plan Martinet en Hendaya, 1928.

los contenidos de una arquitectura vascofrancesa rural equiparable a la representada por el barrio de pescadores de Fuenterrabía.

Si, por un lado, la lección del ensanche de Aguinaga había mostrado cómo una nueva urbanización podía desvirtuar el entorno, por otro, Casadevante reflexionaba y buscaba soluciones a otro fenómeno muy importante. Un porcentaje muy amplio de las nuevas construcciones, precisamente las más lujosas, se estaban dispersando por los barrios rurales porque el modelo de parcela que se ofertaba dentro la ciudad no se ajustaba a los gustos que parecían empezar a predominar.

La dispersión del tejido urbano empezaba a ser un hecho preocupante y al arquitecto municipal le preocupaban las graves carencias dotacionales, desde la conducción de aguas al alcantarillado. En este sentido, su proyecto trataba de atraer a un entorno más controlable a todos aquéllos que estaban buscando un ambiente menos urbano. De esta manera se podría proveer de saneamientos y de servicios a un número mayor de casas, evitando los problemas que acarrearían al ayuntamiento las constantes peticiones de los propietarios. De alguna manera, la experiencia de Hendaya servía aquí también de espejo, facilitando la adopción de un modelo urbano disperso que llegaba casi a disolver la idea de ciudad en el caso francés.

El resultado final era una “Ciudad Jardín”, higiénica, cómoda, en armonía con su entorno e ideal para acoger a los nuevos veraneantes que buscaran construirse en Fuenterrabía su residencia:

“Despejado el camino no nos queda otro criterio, para el trazado del plano del Ensanche, que el que hemos expuesto en segundo lugar en las líneas anteriores, criterio que es, sin género de duda, el único que debiera presidir el plano que nos ocupa, para obtener una “Ciudad Jardín”, urbanización que armonizará perfectamente con el paraje donde va a emplazarse, con las partes viejas de la población, con las necesidades del vecindario y con las exigencias del aumento del número de veraneantes. Sus casas, repartidas en la superficie de cada manzana, y destacándose sobre el verdor de frondosos árboles, compondrán a maravilla con las aguas que contornean el Ensanche, y formarán una prolongación del pintoresco caserío que remonta por las montañas; sus calles, relativamente estrechas, no ofrecerán rudos contrastes ante la presencia de otras, también estrechas, en las porciones antiguas de la ciudad; los rápidos accesos desde ésta, acompañados de escalinatas y parques, encajarán dentro del marco que encuadra el conjunto de casas, jardines, calles y partes viejas; el vecindario podrá levantar viviendas de alquiler modestas, sanas e higiénicas para los desheredados de la fortuna, y cómodas y lujosas para los pudientes; y por fin el forastero tendrá bellos emplazamientos a su disposición para asentar en ellos su residencia estival”⁸.

Para hacernos una idea de la importancia del turismo y de los veraneantes, sirva el dato que da el arquitecto en su memoria. En 1910 la población de la Villa era de 5.178 habitantes, los veraneantes se calculaban en unos 1.500 y los turistas en unos 30.000 al año⁹.

Con la llegada de la Dictadura de Primo de Rivera se iba a producir un cambio importante dentro del panorama urbanístico hondarribitarra. Francisco de Sagarzazu iba a irrumpir como alcalde de la villa durante la dictadura. Y, nada más entrar, demostró que una de sus prioridades políticas era el impulso del municipio como enclave turístico. Siguiendo la tendencia de la época a los grandes proyectos infraestructurales, Sagarzazu planteó el suyo, que ya era de por sí toda una declaración de intenciones.

8. F. De CASADEVANTE, A., 1914. Proyecto de ensanche de la ciudad de Fuenterrabía sobre terrenos del “Puntal España”. Memoria, Irún, 1916, p. 94.

Asociado al prestigioso arquitecto Pedro Muguruza, que luego iba a ser una figura fundamental durante el régimen de Franco, proponía un puente de 475 metros que uniera España con Francia y que partiendo de Fuenterrabía llegase a Hendaya. Con semejante obra y la posibilidad de que la Diputación emprendiese una carretera en condiciones que partiendo del alto de Miracruz fuera por Pasajes, atravesara la entrada del puerto con un puente, para seguir luego por Lezo, Gainchurizqueta y Fuenterrabía, se abría la opción de enlazar la carretera de la Corniche y llegar hasta Sokoia después de haber cruzado por el nuevo puente. Como consecuencia de ello la proyección de Fuenterrabía se multiplicaría, de manera que iba a ser necesaria la realización de un nuevo gran hotel capaz de 100 habitaciones. La financiación del proyecto estaría a cargo del correspondiente empréstito que sería emitido por el municipio¹⁰.



Casa de Campo para D. José Antonio Carranza en la manzana nº 2 del Ensanche del Puntal España, 1929. Francisco Urcola.

Esta idea de 1925 no pasó del papel pero señaló la dirección que estaba dispuesto a seguir Sagarzazu. Tanto es así, que ya en esas mismas fechas impulsaba un proyecto de reforma interior del Casco Antiguo que los arquitectos Gutiérrez Soto y Cánovas del Castillo presentaban en 1927. Los propios autores decían en la memoria que su proyecto no estaba impulsado por las demandas del crecimiento de la población, sino por el afán de recuperar y embellecer una parte abandonada de la ciudad. Su destino podría ser el de alojar a los empleados y profesionales liberales que trabajaban en Irún y buscaban un entorno mejor donde establecerse. Se descartaba totalmente la posibilidad de una ordenación que atrajese a la población obrera ya que el estándar conseguido en las otras operaciones urbanísticas de la ciudad no podía desvirtuarse. Se trataba de utilizar la calidad estética y el peso histórico y reconvertirlos añadiendo a la ciudad turística un nuevo foco de centralidad. Por eso, desde el primer momento en la mente de los arquitectos estaba la necesidad de imprimir a la nueva zona un determinado estilo y no permitir en ella construcciones modernas que no armonizaran con lo existente. Sólo así se explica que el criterio para derribar o no edificios estuviera en su calidad estética y en si se ajustaban al carácter que se pretendía imprimir al Casco. Aquellos edificios que no destacaran por su aspecto tenían que desaparecer. Esta vez, el estilo de referencia estaba marcado por dos tipos de construcciones: los palacetes de piedra y las casas entre medianeras que avanzaban sobre la calle a medida que subían en altura y se coronaban mediante cornisas de amplio desarrollo. Estos dos polos definieron el intervalo dentro del cual podrían encuadrarse los nuevos proyectos constructivos. Esta tendencia se hacía particularmente explícita cuando se trataba del diseño de las plazas:

“En cuanto a su forma, habrá de ser poligonal, ya que la adopción de una curva presentaría graves dificultades estéticas y constructivas al no ser jardines, sino edificios, los que en ella han de disponerse, pues por su tamaño (necesariamente reducido) habría de tener una curvatura muy pronunciada.

Por ello, y para que sin entorpecer la circulación y enlace de las cuatro ramas que divide, adquiera el carácter típico de las plazas de Guipúzcoa, se ha proyectado asimétricamente descentrándola de los ejes de las calles, con lo que dispondrá de una parte algo retirada de las circulaciones, en la que muy bien pudiera colocarse un monumento, una fuente, etc¹¹.

Es obvia la búsqueda deliberada del efecto pintoresco dentro del trazado, tal y como unos años antes había teorizado Camilo Sitte. Si tras el primer ensanche la reacción se había centrado en volver a una escala más parecida a la de la aldea de pescadores, con casas unifamiliares y evitando las manzanas cerradas y las densidades excesivamente altas, en el

9. Ibidem.

10. “Un magno proyecto. Construcción del puente de Fuenterrabía-Ondarraitz”, en: El Pueblo Vasco, 17-11-1925.

11. CÁNOVAS DEL CASTILLO, F. y GUTIÉRREZ SOTO, L., Proyecto de reforma interior de la ciudad de Fuenterrabía, 1927. Depositado en el Archivo Municipal de Fuenterrabía.



Plan rehabilitación del Casco Antiguo de Fuenterrabía. Manuel Manzano Monís, 1962.

Casco Antiguo la operación era similar aunque con otros procedimientos. Aquí se trataba de preservar la imagen de la antigua plaza fuerte apoyando sobre una arquitectura que imitara lo ya existente la necesidad de rehacer la Fuenterrabía ideal del siglo XVII, la que existía antes de las últimas grandes destrucciones. Una vez más se trataba de evitar cuidadosamente la idea de la ciudad moderna para volver a la del burgo antiguo, la de la ciudad fortificada que había acumulado a lo largo de su historia los hechos de armas que cualificaron a Fuenterrabía como la plaza fuerte más importante de la frontera. Como imagen complementaria del pintoresquismo relajado de la Marina, el Casco aportaba el valor monumental, valor que no tenía Hendaya ni las otras ciudades que en su entorno inmediato suponían una competencia para el sector turístico.

Sagarzazu tuvo el acierto de impulsar el relanzamiento del Casco apoyado sobre el uso residencial para la clase media acomodada. Así obtenía la clientela que le permitiría luego llevar a cabo el objetivo de resucitar la antigua plaza fuerte. El proyecto se quedó sobre el papel, pero no así su orientación que se volvería a retomar años más tarde bajo una filosofía parecida.

Pero aunque el proyecto del Casco se dejase de lado temporalmente, la tendencia se iba a mantener pasada la Guerra Civil, con Sagarzazu de nuevo al frente de la alcaldía y las obras del Ensanche del Puntal España avanzando. El siguiente episodio volvía de nuevo la mirada hacia el barrio de la Marina, en el que se planteó la posibilidad de hacer viviendas para los pescadores dentro de la órbita de los proyectos de Regiones Devastadas. Así, en 1941, Pedro Muguruza, ya convertido en el Director General de Arquitectura del Régimen, planteaba el proyecto del Poblado de Pescadores en Fuenterrabía¹². En él, seguía la misma directriz pintoresquista que se había mantenido hasta entonces y articulaba un complejo en estilo nevasco que pretendía emparentar con las casas próximas del barrio de pescadores. Una vez más la arquitectura volvía a definir el espacio para evitar lo urbano y recrear la idea de la aldea de pescadores. Eso sí, debidamente organizada para que resultara funcional y cumpliera con su cometido.

La política de Sagarzazu en Fuenterrabía y sus intentos de recuperar el pasado monumental se vieron recompensados años más tarde con la declaración de Conjunto Histórico-Artístico concedida al Casco Viejo de Fuenterrabía en 1963¹³. En este episodio tuvo una importancia fundamental el Plan de Manzano Monís de rehabilitación del Casco empezado ya en 1962. En este caso, se aprecia perfectamente cómo se retomaba la tendencia de reconstruir la ciudad antigua siguiendo las pautas de la arquitectura existente y la idea de la Plaza Fuerte de los siglos XVI y XVII. Manzano Monís planteaba a la Dirección General de Bellas Artes los alzados completos de los diferentes tramos de calles, alternando las fachadas que combinaban los repertorios formales ya existentes en el entorno. Ni siquiera se hacía un planteamiento edificio por edificio, sino que se sometían todos a la disciplina de un frente de calle previamente diseñado por el arquitecto hasta en sus menores detalles.

Como resultado de ello, la distancia entre los edificios antiguos y los modernos se difuminaba casi hasta desaparecer, huyendo no sólo de la imagen urbana moderna, sino también de la arquitectura contemporánea. En esta ocasión el plan se llevó a cabo en la mayor parte y el control sobre lo que se

12. SUSPERREGUI, J. M., *Crónica monumental. Fuenterrabía siglo XX*, San Sebastián, 1996, p. 96.
13. Expediente depositado en la sección de urbanismo del ayuntamiento de Fuenterrabía.

construyó fue absoluto por parte del arquitecto. La concesión de las licencias pasaba por sus manos y no se edificó nada que no contara con su aprobación. Así el Casco recuperó la fisonomía que se venía buscando desde la época de la Dictadura de Primo de Rivera y se ajustó a lo que se esperaba de una intervención en un Conjunto Histórico-Artístico. La capacidad de la plaza fortificada antigua como atractivo turístico encontró entonces su verdadera proyección haciendo al visitante lo más difícil posible la tarea de distinguir entre lo nuevo y lo antiguo.

El acierto de toda la operación se pudo comprobar pocos años más tarde cuando en 1970 se abrió el expediente para declarar también al barrio de la Marina como Conjunto Histórico-Artístico. Para ello se tomaba como base la necesidad de preservar el aspecto del barrio de los pescadores y mantenerlo a salvo del impacto de las nuevas construcciones que estaban sustituyendo a las antiguas en el ensanche de Aguinaga. La maniobra fue tenazmente resistida por el ayuntamiento que veía cómo se arrebatava a su control urbanístico la otra mitad de su municipio, dejándole una capacidad mínima de intervención.

Pero al margen de la controversia, lo que las autoridades responsables del patrimonio estaban demostrando era la validez de la política mantenida desde la propuesta de Casadevante, con su arquitectura sometida al dictado de mantener una determinada imagen que conservara la estampa del pueblo de pescadores o de la antigua plaza fuerte. Las declaraciones de Conjunto Histórico-Artístico y el Plan de Manzano Monís así lo afirmaban. Siempre huyendo de la idea de la ciudad moderna tal y como había sido adoptada en Irún, o incluso, en Hendaya y sustentándose sobre el mantenimiento de la monumentalidad a base de una arquitectura de pura fachada que pasaba a incorporarse inmediatamente al patrimonio de Fuenterrabía y aumentaba su valor turístico.

Desde el sector privado, fue a partir de los años 60 cuando se empezaron a construir edificios de apartamentos en el extremo opuesto, en la zona de la playa, mostrando el enorme cambio cualitativo y cuantitativo que se produjo en el sector turístico en aquellos años. El contraste entre ambas formas de entender la ciudad y la arquitectura, muestran, en ocasiones violentamente, las diferencias entre ambos planteamientos y formulan la incómoda pregunta del acierto o el desacierto de ambas opciones.